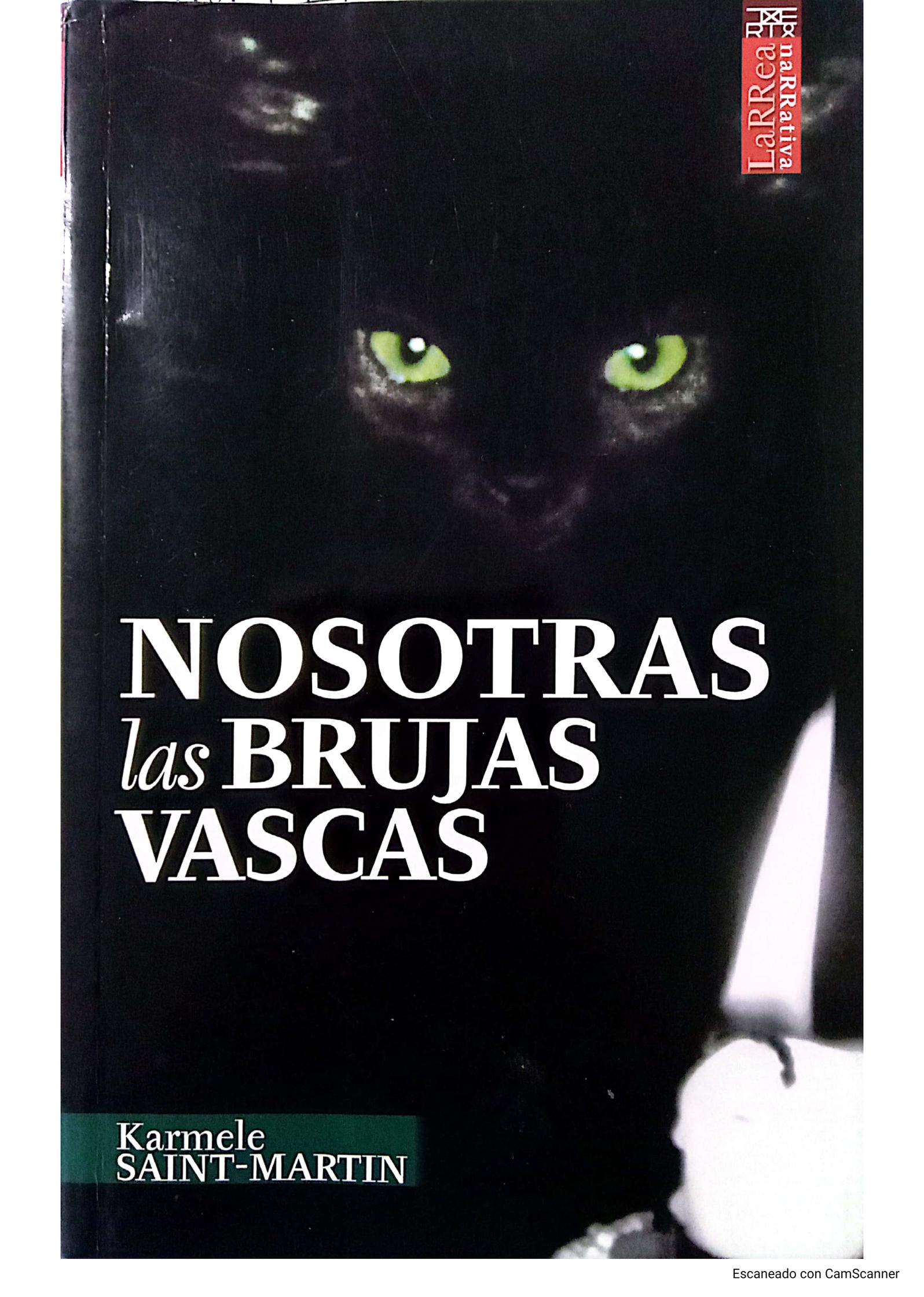


LaRRaTTiva
LaRRaTTiva



NOSOTRAS *las* BRUJAS VASCAS

Karmele
SAINT-MARTIN

ÍNDICE

Nota a la presente edición.....	7
Prólogo	9
1. La bruja	13
2. Las abejas	19
3. La Marichuloko.....	21
4. Las zarpas.....	27
5. La bruja que no quiso serlo	31
6. El gato y el hombre	37
7. La fuerza.....	41
8. Juani la costurera	45
9. Que si hay... que si no hay.....	47
10. El cardo	51
11. Don Teodosio de Goñi y el dragón	59
12. Los arqueólogos	63
13. La sombra de la madre.....	71
14. El dolmen.....	75
15. Josefa la hermosa	83
16. Los Tres Bemoles	87
17. La sepultura	93
18. El hombre y la bruja	99
19. El burujo	105

PRÓLOGO

El haber escrito un libro acerca de las brujas ha sido causa de que me vea envuelto en distintos y raros asuntos. Contar cuáles fueron y cómo se desarrollaron no dejaría de tener su chiste. Considerándome autor, veo ahora que, a lo largo de una carrera ya bastante larga, he escrito muchos libros y artículos que no me han producido ni honra o provecho, ni lo contrario: queda comprendido en este "apartado" neutro todo lo que toca a temas de Etnografía española o africana, a Folklore y a Lingüística. He escrito también algo que produjo irritación e inquietud: un libro sobre los judíos. También publiqué no hace mucho ciertas memorias familiares con éxito mayor entre las damas que entre los caballeros. ¡Pero las brujas! Éste ha sido el éxito mayor de mi vida. La fama, más o menos vaga y difusa, de que soy un particular que se ocupa de ellas, me persigue inexorable. A veces me atormenta. Otras me produce situaciones como la que he de dar cuenta ahora.

Resulta insólito que, estando en Madrid, una señora anciana y elegante, llame a la puerta de casa, entre y le diga a uno esto, poco más o menos:

—Buenos días. ¿Es usted don Julio Caro Baroja?

Respondo cortés:

—Servidor de usted.

—Pues, mire, yo soy una bruja vasca que ha escrito un libro acerca de las del gremio y quisiera que usted lo prologara.

—Pero, señora, ¿cómo le voy a prologar yo, que no creo en brujas, que he escrito contra los que creen y que, como discípulo del inquisidor Salazar y Frías, he negado la existencia de aquelarres, vuelos nocturnos, etc.?

—¡Bah! Estamos en el secreto. Usted me entiende.

—No, señora. Aparte de lo dicho, si usted, en su libro, se declara bruja y cuenta lo que hace como tal, mi honor profesional quedará por los suelos. Voy a ser el hazmerreír de los propios y extraños.

—No es para tanto. Lo que cuento no se sale del marco normal de lo folklórico.

—Bien. En ese caso, déjeme el manuscrito y procuraré escribir lo que desea. Pero con una condición.

—Diga usted cuál.

—Que en dicho prólogo podré invocar la autoridad de San Agustín, de Nicolás de Cusa, de Molina y de otros grandes santos y sabios teólogos, que negaron la realidad de los actos que se les atribuyen a ustedes y que pensaron que todo lo que se dice de ustedes (y ahora veo que ustedes también dicen de sí mismas) es producto del ensueño, aunque sea ensueño diabólico.

—Tiene autorización para exponer esa teoría extravagante. ¿Algo más?

—Sí: también he de proclamar que me molesta la palabra brujología y que tampoco me gusta que se mezcle mi nombre con el de los parapsicólogos, metapsíquicos y otras personas igualmente respetables, que se ocupan de cosas que no tienen nada que ver con el núcleo de hechos que yo he procurado analizar.

—Se va usted poniendo muy exigente. Pero, en fin, trato hecho.

—Destacaré —si los tiene— los valores artísticos y literarios de su obra...

—Muchas gracias, pero le advierto que eso es lo que menos me importa. Su prólogo puede hacer efecto entre algunas personas graves y he de manifestarle que yo y otras como yo le estamos agradecidas por haber tomado en serio a nuestra cofradía, aunque se haya equivocado en las consecuencias que saca. A los eruditos siempre les pasa igual.

—Está bien. Pero, antes de terminar el acuerdo, quiero decirle otra cosa: que no creo que usted sea bruja, ni nada por el estilo. Usted es una señora aficionada a la Literatura y nada más.

—¿Y le parece poco indicio el de ser una mujer mayor y con tendencia a escribir, para no sentar plaza pública de bruja?

—Sólo desde un punto de vista alegórico cabe aceptar la caracterización. En todo caso, como usted tiene aspecto vasco y en nada recuerda a una poetisa tropical, podemos llegar al acuerdo de reconocer que, en efecto, algo tiene de *sorguiña*.

—Muy bien. Muchas gracias. No le quiero entretener más. Buenas tardes.

—Adiós, señora. A los pies de usted.

¿Qué voy a escribir ahora más, después de haber leído el original del libro que el lector tiene en sus manos? Muy poco. En primer

lugar, en descargo de mi conciencia y en defensa de mi reputación, he de decir, solemnemente, que mi impresión primera era la cierta; que la autora de *Nosotras las brujas vascas* no es bruja. Sí literata. En segundo, que, por lo tanto, la doctrina de San Agustín, Nicolás de Cusa, Molina. etc. no queda vulnerada por lo que ha escrito, que son, más que ensueños demoníacos, un conjunto de *réveries* poéticas.

Sigue, así, una tradición ya vieja en el país y que ha dado lugar a obras de valor muy desigual. Ya en el siglo XIX tentó el tema a los "fabricantes de leyendas vascas", tan walterscottianos algunos, que poblaban de lagos nuestro país. Dejemos en paz a don José María de Goizueta, a don Juan V. Araquistain, a don Vicente de Arana...

Recordemos la *Grachina* de Campión y *La dama de Urtubie* de mi tío Pío.

La línea de Karmele Saint-Martin es más bien ésta o, mejor dicho, la que le dictan las narraciones recogidas por los folkloristas vascos, con Barandiaran en cabeza. No veamos lagos donde no los hay. No fabriquemos más leyendas y falsas historias arcaicas; con *Amaya* tenemos bastante. Con otras palabras: no falsifiquemos la tradición deliberadamente. Bastante se falsifica ella a sí misma para que la recarguemos con rasgos y notas que no reconocen los más viejos del país; no porque estén olvidadas o enterradas, sino porque aún no existían cuando ellos nacieron. Hay que respetar más el pasado, no someterlo a constantes manipulaciones y extorsiones, cosa difícil en esta época en la que todos parecemos empeñados en cierta empresa de una cerrilidad extraña, de un absolutismo total: la de no demostrar comprensión más que para lo que queda muy cerca, muy en el contorno de uno. Hasta las brujas se convierten hoy en producto de cafetería, de programa de televisión o de teatro terrorífico-experimental. Paciencia, queridas brujas. Paciencia, queridos inquisidores. ¡Adelante, querida autora!

LA BRUJA

1.

Mi niñez, transcurrida en un pueblo fronterizo de mi amada Euskal-Erria, ha marcado profundamente mi vida.

Creo, honradamente creo, que las "supersticiones" que la llenaron (dice Teilhard de Chardin que sólo lo fantástico tiene posibilidades de ser verdadero) contienen un fondo absolutamente verídico, tan antiguo como los dólmenes que se yerguen en sus bosques, tan misterioso como el origen de nuestra lengua, tan diferente como distinta es la sangre que corre por las venas de nosotros, los vascos.

Guardo lejanos recuerdos que nunca he podido exponer, porque cuando me refería a ellos siempre se elevaba la voz de un incrédulo, a la que hacían coro otras voces que decían:

—¿Pero cómo vas a acordarte de eso si ni siquiera tenías cuatro años?

Pero me acuerdo, positivamente, y ahora que la vida me ha curtido y no tengo respeto a los incrédulos, hablo de aquellas cosas con serenidad, evocándolas sin apasionamiento; porque también sé que "hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que conoce tu filosofía".

Hay también otras verdades, más difíciles de descifrar, las de los sueños que de algún modo ignorado llenan nuestras mentes y hacen surgir en ellas personas que nunca conocimos, situaciones en las que no nos encontramos, actos extraños; todo un mundo, en fin, intruso en nuestras vidas y que nos acosa por las noches.

Y es que nuestras mentes, en las horas que están aletargadas, se evaden de la sensatez, la desconfianza, la objetividad y permanecen prístinas, abiertas, olvidando cuanto en la vigilia reduce su mundo, lo encarrila, volviéndolo rectilíneo e incrédulo.

Por que yo sé cosas...

Recuerdo, por ejemplo, la noche en que murió mi abuela.

—¡Pero si no puede ser! ¡Si apenas tenías cuatro años!

Sin embargo, me acuerdo.

Por lo repentino del acontecimiento, que ocurrió al anochecer, nos relegaron a los niños a la parte más alejada del caserío, lugar al que no llegaban ruidos ni signo alguno de la vida de la otra parte de la casa.

Nada turbó las reglas de las costumbres diarias.

La cena a su hora, los semblantes tranquilos. Ninguna nerviosidad.

Yo que era la preferida de la *amona*¹ a la que ella había enseñado a leer, estaba agitada, con una excitación extraña.

Se crea o no, mi abuela llegó hasta mi lecho y me despertó para despedirse de mí. Eso es tan cierto que veo su rostro que se inclinaba sobre el mío; veo claramente las dos crenchas de su pelo blanco separadas por una raya recta que mostraba su cráneo rosado; siento el olor a membrillo que exhalaban sus ropas.

Su voz queda me llamó:

—¡Ven!

Y yo fui, acudiendo a su llamada.

Antes de llegar a su habitación, en la cual mis padres la velaban, salió mi madre a su puerta, tratando de interponerse, de detenerme.

Pero ya estaba yo a la cabecera del lecho mortuario, juntando mi mejilla con la fría mejilla de la muerta y llenándola de lagrimones.

Recuerdo tantas cosas...

Las noches de plenilunio en las que mi ña Madalen dejaba bajo mi almohada cabezas de ajo y renovaba en la puerta de la casa la flor de cardo, retirando la vieja que quemaba cuidadosamente, clavando la nueva, con firmeza, en la madera.

Oigo su voz tajante:

—¡No mires a la Luna, quita el brillo de los ojos!

Pero la evocación que siempre me ha angustiado y he tenido oculta y callada, como si al decirla traicionara un secreto de mi niñez y que ahora revelo, es la de la noche en que el ña Madalen...

El ña Madalen vivió con nosotros y con nosotros murió en el caserío. ¿Cuántos años tendría?

A mí me parecía muy vieja, pero hay que tener en cuenta la deformación que sufren los niños al calcular la edad de las personas mayores.

¿Treinta años? ¿Cuarenta?

Era alta, rubia y fornida. Estaba viuda y vestía siempre de negro, con unas medias gruesas, y el pañuelo, negro también, que entercaba su rodete rubio, ocultándolo, dejaba al aire las dos puntas con que se lo anudaba, que parecían dos orejitas o las alas de una golondrina.

¹ *Amona: abuela.*

La Madalen me recordaba a la vaca Zuri que pastaba en el prado. Era como ella grande y blanca y también tenía pechos enormes que colgaban.

Yo, la nerviosa de una familia tranquila, la séptima hija de una séptima hija, era diferente a mis numerosos hermanos; imaginativa, agitada, sonámbula...

Mis terribles pesadillas despertaban a los que dormían cerca de mí, por lo que nos habían relegado a mi aña y a mí a una habitación lejana, con dos lechos gemelos, uno para cada una.

En las noches de invierno, dejaban la chimenea encendida, alimentándola a última hora con gruesos troncos de roble, madera que arde lentamente y, así, su rescoldo duraba hasta que la Madalen se levantaba añadiendo astillas y más leña a las brasas que aún no se habían consumido.

Siempre he tenido un sueño ligero, un sueño de liebre. Todo me despierta, pero los ruidos de la noche ni me sobresaltan, ni me asustan. Diría que me complacen acompañándome.

Los escucho con el oído bien dispuesto, oigo los mil sonidos de la noche; de las "horas chiquitas", como llamamos nosotros a las de pocos números.

¡Aquellos ruidos... ! Maderas que crujían, ratones que hacían sus ruidos chapuceros entre el techo de una habitación y el suelo de otra, la mariposa nocturna que golpeaba alocadamente los cristales, la rama de árbol que rozaba en ellos, el aullido distante de los perros, el chirrido del grito de la lechuza.

Pero aquella noche, "aquella" precisamente, noche de luna llena, no podía dormir, aunque hacía larguísimas horas que estaba en la cama.

Quizá me había cansado demasiado jugando alocadamente, o había cenado un vaso de leche más de lo que tenía por costumbre. Quizás la cabeza de ajo que el aña había puesto bajo mi almohada me cosquilleaba con su olor penetrante (el olor de la planta liliácea y el del aña Madalen forman en mi mente un todo inseparable).

O porque había en el aire algo imponderable; alguna circunstancia misteriosa que me excitaba; cosas que mis sentidos supersensibles captaban, accidentes extraños que estaban sucediendo dentro de la habitación.

Sentía erizarse el pelo de mi cabecita de niña, como el de los gatos... pero aquello tampoco me producía miedo.

¿Era contagioso el paralelo desasosiego del año que suspiraba con frecuencia y con frecuencia lanzaba gemidos? Yo sabía que en noches como aquella cabalgaban las brujas que van al Akelarre, pero sólo se las ve cuando pasan al contraluz de la Luna y yo no osaba mirarla.

No me revolví en la cama, permanecía callada y quieta, sintiendo el calor del edredón de plumas que abrigaba sin pesar, adivinando el resplandor de la chimenea que se reflejaba en el espejo, o viéndolo fugazmente cuando entreabría los ojos.

El reloj del pasillo era tan estruendoso y sonaba tan estrepitosamente que su tic-tac y sus campanadas parecían estar suspendidas encima de mi cama.

A estos ruidos acostumbrados se sumó otro más cauteloso, apenas audible, el ruido del lecho del año cuando ésta se bajó de él.

Se acercó con sigilo, descalza, hasta mi cabecera y estuvo contemplándome un largo rato; sentía su respiración agitada y la proximidad de su cuerpo, pero mi quietud la engañó.

Por la ventana entraba la claridad de la Luna, grande y redonda aunque no la había mirado, pero lo presumía.

Cuando la Madalen se cercioró de que mi sueño era profundo y que no estaba fingiendo, se acercó al baúl de madera en el que guardaba sus cosas. Llevaba la llave al cuello, pendiente de un largo cordón negro.

Se quitó el cordón y abrió el mueble. El baúl tuvo un chirrido de mal humor, como si se quejara por la hora intempestiva en que lo abrían.

El año voló hasta mí para ver si el ruido me había despertado. Permanecí con los ojos cerrados respirando acompasadamente.

Destapó por completo la cubierta del mueble, recostándola contra la pared.

El baúl era de madera, reforzada con listas de otra madera más oscura que tenía unos clavos muy grandes.

Sacó de su interior, con todo cuidado, el caldero de cobre que guardaba entre trapos en uno de sus rincones.

Yo lo había visto cuando ella me mostró los atados de yerbas frías que, bien separados unos de otros, conservaba en un rollo de tela.

También me dijo cómo se llamaba cada planta y lo aprendí. Eran la cicuta, la mandrágora, la ruda, el solano, el beleño y otras muchas cuyos nombres he olvidado o a ella se le olvidó o no quiso decírmelos.

Arrimó el caldero al fuego para que con el calor su contenido se licuara. Le dio vueltas y más vueltas con un palo, añadiéndole manteca, y, después, agarrándolo con las tenazas de la chimenea, lo alejó del costado del fuego, poniéndolo sobre la piedra que formaba el bordillo del hogar.

Siguió revolviendo el mejunje hasta que dejó de humear y aún esperó más rato para que se enfriara del todo.

Entonces se quitó el blanco, liso y largo camisón de tela burda que le llegaba del cuello hasta los pies y apareció completamente desnuda, grande y blanca, como la Luna misma y hasta parecía que de su cuerpo también salía un resplandor.

Con un trapito que introdujo dentro del perol, empezó a untarse las axilas.

Se esparció por todo el cuarto el olor a las hierbas.

El penetrante aroma me daba mareos, como me dio mareos el día que olí el frasco de éter de mi madre, que lo usaba para aspirarlo cuando le dolía mucho la cabeza.

Después de untarse bien las axilas, se embadurnó el bajo vientre. Tenía un vello rubio que se oscureció cuando extendió abundantemente la mixtura.

Guardó el perol en el baúl, con los trapos manchados y el palo con el que había revuelto el compuesto.

La miraba con los ojos entrecerrados; entonces sí que estaba un poco asustada, porque el olor de las hierbas era demasiado fuerte y me daba vueltas la cabeza de mareada que me sentía.

Cuando me puse mejor —creo que me había desmayado— el año Madalen estaba tendida en la alfombra, con la cabeza casi debajo de la cama.

Hablaba rápidamente y de manera entrecortada, como cuando le decía cosas a la Luna murmurando y las palabras cabalgaban unas sobre otras.

En su runruneo repetía mil veces la palabra "*aker, aker, aker*". Tenía los ojos abiertos de par en par, pero no se fijaba en nada ni en nadie.

Me incorporé en la cama y ni siquiera lo notó.

En sus ojos había un brillo que no sé si era el de la Luna, el reflejo de las llamas de la chimenea, o salía de dentro de ella misma.

Entonces empezó a mover su corpachón rítmicamente mientras gemía y murmuraba palabras extrañas, como llamando a alguien.

Su vientre enorme, blanco, redondo, se bamboleaba. Tenía las manos medio engarabadas, alejadas de su cuerpo, como si estuvieran abarcando algo grande y pesado.

Los gemidos se hicieron más agudos y sus movimientos más rápidos, hasta que tuvo un espasmo que la conmovió toda y su cabeza, su sien, chocó violentamente con la arista de la pata metálica de la cama.

No se quejó del golpe sino que se quedó quieta, absolutamente quieta, mientras la sangre salía de la herida de la sien.

La alfombra se puso roja bajo su cabeza y luego la mancha comenzó a extenderse.

La habitación se hallaba tan clara, iluminada por la Luna, como si fuera de día.

Incorporada en la cama, no perdí ni un movimiento, ni una postura, ni un gemido del año Madalen.

Cuando vi la sangre, empecé a llorar. Luego, sobreponiéndome a mi miedo, salté de la cama para ayudarla.

Tomé una toalla y le enjuagué la sangre que apenas si salía ya. Intenté limpiarle también las axilas y el bajo vientre, con una especie de complicidad hacia sus secretos de la que no me daba cuenta.

Me daba vergüenza que alguien la viera en aquel estado, desnuda, pringosa.

Cogí el edredón de su cama y quise tapparla a fuerza de remeños, pero ella seguía quieta; no había cerrado los ojos, no gemía, ni lloraba.

Quise también limpiarle las manos que estaban sucias del unte oscuro.

Ya no las tenía medio engarabadas, sino bien abiertas. Pero había en ellas algo raro, algo extraño que no acababa de comprender...

En la palma, entre sus dedos, pegados por el sudor y la mixtura con que untó su cuerpo, aparecían mechones de pelos rígidos, cortos, negros, iguales a los que tenía el macho cabrío de nuestro rebaño...